

Melo

No fue una dictadura, fue una aventura.

No fue un golpe de Estado, fue un golpe de cuartel, pero atrevido, generoso, brillante, no como aquel otro grotesco de la triste figura de Urdaneta, tumulto vergonzoso, en que surgió a una dictadura efímera, proclamada por pretorianos extranjeros, aquel servidor incondicional, manchado todavía con la sangre de Padilla, el Nelson colombiano.

La dictadura de Melo pasa por la historia con el sonido de una fanfarria guerrera, medianamente pueril, llena de bordados, entre aclamaciones del bajo pueblo, y no se que vago sueño de poder de dominador exótico.

Dictadura? Casi ni eso. Un tumulto militar, el festín de la fuerza, el sueño de un soldado, la tumba del militarismo en Colombia; la explosión del hecho y el triunfo del derecho; una página de historia romancesca, y una catástrofe fecunda.

César levantó el águila de los Gracos, ha dicho alguno; y yo diré que Melo trató de levantar la vieja águila de las dominaciones militares, el amellado escudo de los dictadores de cuartel:

Ultimo representante de esa dinastía de heroicos guerreros —que

después de ayudar a libertar la patria, la creyeron libre, no por ellos, sino para ellos, eternos soñadores de gobiernos fuertes y monarquías irrisorias, cabezas besadas por la gloria y desvanecidas por la ambición— Melo fue, como Iturbide, un dictador efímero, traidor a la libertad: fue como la sombra de Mario, apareciendo un momento entre el tumulto de sus legiones, y desapareciendo luego entre el polvo de la derrota.

Después de los tiranos de sacristía, no hay nada más odioso que los tiranos de cuartel.

Después de la insolencia estúpida del dinero, nada más depresivo que la insolencia de la fuerza bruta.

Como cada zona tiene su flora y su fauna propias, así en ciertas capas sociales se agitan elementos diversos, y las profesiones desarrollan distintas propensiones políticas.

La cátedra predispone a la elocuencia, el club a la demagogia, el claustro a la pereza, el cuartel al despotismo.

En los ejércitos están los dictadores como en estado *coloide*, esperando que haya un algo que los fecunde, buscando la zona política en que puedan desarrollarse y cre-

cer. En el fondo de todo soldado se agita el germen de un déspota, más o menos informe, pero siempre vivo. Habitados desde Alejandro a cortar el nudo gordiano sin desatarlo, son siempre dados a las vías de hecho, y refractarios a las soluciones del derecho. El hábito de la obediencia les forma la necesidad del mando: se vengan en los demás de su propia servidumbre.

Nada hay más peligroso para una democracia joven, que el mantenimiento de un ejército permanente. La libertad no duerme tranquila a la sombra de las bayonetas. La vecindad de la fuerza es peligrosa como la del mar: confiar en ella es dormir a la orilla de un abismo. El mar es invasor, y el abismo tiene la atracción del vacío: en el fondo de ambos duerme la emboscada.

Cuando una democracia duerme confiada en los brazos de un ejército, nunca faltan un Boulanger y un caballo negro para una intontona, un Santana, o un Melo para un atentado.

En la América han pululado siempre los soldados ambiciosos de poder.

Raros ejemplos en su historia son: Washington, San Martín y Sucre.

Colombia ha sido en las repúblicas hispano-americanas acaso la que menos ha sufrido la opresión militar y sido víctima de ese atavismo dominador de los caudillos.

Santander era más un hombre civil que un guerrero, nunca tendió su mano contra la libertad, y por su respeto a ella mereció ser llamado *el hombre de las leyes*.

Obando fue siempre un proscripito inocente que nunca osó po-

ner su espada en peso con la patria.

López era la austeridad hecha hombre, y fue apellidado el *militar civil*.

Mosquera, el eminente hombre de Estado, cuyo carácter cesáreo hizo un día irrupción pereció al golpe de su audacia, como un anarquista en cuyas manos hace explosión la dinamita con la cual piensa saltar un edificio.

Solo Melo tuvo la inmensa audacia de levantar su espada y atravesar de parte a parte la constitución.

Era comandante general del ejército, y gozaba en él de inmenso prestigio.

Un día asesinó a su propio ordenanza, y el congreso pidió su remoción y que fuera sometido a juicio.

Entonces, para ampararse del castigo como asesino de un hombre, se hizo asesino de la libertad, y su espada, tinta en sangre del cabo Quiroga, se apoyó sobre el seno indefenso de la república.

Entre el general culpable y aquel ejército cómplice, dieron un golpe de cuartel.

Obando, aquel Edipo contemporáneo, tan inocente y tan trágico, tan noble y tan desgraciado, aquel hombre ídolo del pueblo, víctima de la calumnia, y que aparece como una esfinge ante la historia, fue aquella vez víctima o cómplice del usurpador, y reducido por él a prisión, como presidente de la república.

Melo se hizo dictador.

Con un ejército de catorce mil hombres, brillante y adicto, se anunció un día a la república como su jefe.

El país indignado recogió el guante, y se lanzó sobre el usurpador.

El duelo fue corto y terrible.

Melo ejerció el poder supremo, pero de rara manera: fue un dictador inofensivo y noble, ni patíbulos ni proscripciones, ni atropellos, ni robos; nada cometió. Cayó vencido, pero no odiado; pobre, pero no manchado.

Su cerebro estrecho y débil, se desvaneció con el incienso; su alma se deslumbró con el brillo del poder, y deteniéndose como asombrado en Facatativá, inactivo allí, esperó en medio de sus pretorianos a que viniera a ungirlo el óleo de la victoria.

La lucha fue muy corta.

Los generales melistas luchaban y vencían al principio en sangrientísimos combates, pero la ola de la legalidad que crecía aterradora los arrolló muy pronto llegando hasta el presunto dictador.

Melo despertó. Se había dormido en Capua, y despertaba en la espantosa noche de Filipos. No se arrojó, como Bruto sobre su espada, sino que se irguió soberbio en medio de la ruina, y luchó como un tigre acorralado.

Todo sangriento y ennegrecido por la pólvora, fue tomado sin rendirse cuando el partido constitucional tomó a Bogotá, donde él se defendió hasta el último momento.

Una vez vencido, fue sometido a juicio, y junto con el general Obando presidente, llevado al banco de los acusados, ante el Senado de la República.

Colombia tiene ese alto honor, esa inmensa y gloriosa tradición, de haber llevado al banquillo de los reos a los mandatarios que han

osado sobreponerse a la majestad suprema de la ley.

Ella juzgó y desterró a Obando.

Ella juzgó a Mosquera, frescas todavía sus victorias, le arrancó del cinto la espada, y ya septagenario lo arrojó por diez años fuera del país.

Ella, ante la sola idea de un desfalco —del cual estaba inocente el presidente Otálora— lo citó como acusado ante el congreso con todo su ministerio.

Y ella no olvidará la gloriosa tradición.

Y si la muerte no hubiera arrebatado *al tigre del Cabrero*, habría visto sentado en el funesto banco a Núñez el anciano déspota, el traidor vulgar, que arrojó un día desde los balcones del palacio de San Carlos a la jauría conservadora que aullaba hambrienta a sus pies, los pedazos de la constitución que había jurado defender.

La constitución liberal ya no existe, dijo él.

La justicia todavía existe, le habría dicho el país el día de las liquidaciones.

.....

Melo fue sentenciado y desterrado.

Sobre un tambor, en un oscuro pueblo de México, expiaba después con su vida, aquel dictador proscrito, sus faltas a la libertad, su valor ilimitado, y su espíritu aventurero.

Aquel patíbulo no lo merecía el bravo militar, pero sobre él vagaba aterradora y terrible la sombra indignada de Quiroga.

La libertad perdona, pero la justicia no.